

Latinoamérica 2018: elecciones, crisis y tensión

Javier Contreras, s.j.*

Procesos comiciales y reconfiguración de los actores en torno al ejercicio del poder, acompañaron el acontecer de una región que sigue signada por conflictos sociales y un creciente rechazo hacia la dirigencia política, especialmente a la que representa un perfil vinculado con hechos de corrupción y desgaste en el ejercicio del gobierno.

El año 2018 dejó una serie de claves para el análisis, datos y elementos que resultan útiles para explicar tendencias y para tratar, reconociendo el límite y el riesgo del ejercicio, de establecer posibles escenarios de cara al mediano plazo y el derrotero que pueda ir tomando cada país y por tanto la región



Carlos Alvarado, presidente de Costa Rica.

EL PERIÓDICO DEL PUEBLO ORIENTAL

COSTA RICA: UN FALSO DILEMA POLARIZÓ LA DISCUSIÓN

Libertad o religión, presentadas como esferas irreconciliables, marcaron la pauta de la previa electoral. Por una parte se encontraba Fabricio Alvarado, fervoroso predicador evangélico y representante del *Partido de Restauración Nacional* (PRN); frente a él estaba Carlos Alvarado, periodista de formación y abanderado del oficialista *Partido Acción Ciudadana* (PAC), quien resultó electo presidente.

Conforme pasaba la campaña, los énfasis se colocaron en nociones como fe, valores y cuestiones morales, evadiendo así los problemas políticos y económicos del país. De las prioridades que no se mencionaron con la recurrencia esperada destacan dos, tanto por el impacto que pueden generar a mediano plazo, como por las acciones concretas que hay que articular para hacerles frente: inseguridad y déficit fiscal, grandes retos para un Estado que se ha caracterizado por mostrar buena salud en estos aspectos, y ahora está obligado, a través de su dirigencia política, a encontrar los caminos para seguir gozando de ellos, meta que solo se logrará si se involucra a todas las fuerzas vivas de una sociedad que, como resultado de la contienda electoral, ahora se muestra dividida como pocas veces se pudo percibir.

El presidente electo ha manifestado tener conciencia de las tareas fundamentales de su gestión, así lo manifestó en su cuenta de la red social Twitter: "Mi deber será unir a esta República para sacarla adelante. Hemos visto un país con desigualdades que debemos corregir"¹. No será un emprendimiento sencillo ya que el desgaste de los partidos políticos, sumado a una pérdida significativa en los niveles de calidad de vida y la brecha económica cada vez más notoria entre distintos sectores de la sociedad, se ha instalado con fuerza.



Iván Duque, presidente de Colombia.

REPÚBLICA.GT

COLOMBIA:

POSCONFLICTO ENTRE DUDAS Y ESPERANZAS

Si hay que hablar de un triunfador en términos electorales, tomando en cuenta que se realizaron comicios parlamentarios y presidenciales, este sería el partido *Centro Democrático*. Álvaro Uribe, fundador de la organización, fue electo senador con el mayor número de votos (875.544)²; mientras que Iván Duque, candidato de la tolda, llegó a la Casa de Nariño tras obtener en la segunda ronda, realizada el 17 de junio, un total de 10.373.080³ votos, equivalentes al 53,98 % del apoyo de quienes ejercieron el derecho al sufragio.

Aunque el *Centro Democrático* haya triunfado como lo hizo, el panorama de los pesos y contrapesos políticos no es auspicioso en cuanto a una posible tranquilidad en el ejercicio del poder para quienes representan al también llamado *uribismo*. En efecto, la figura del exgobernador de Antioquia y expresidente de la república, puede ser vista, al mismo tiempo, como un apoyo y una debilidad.

Apoyo por el evidente liderazgo que, pese a las fundadas reservas de millones de colombianos, sigue ostentando Uribe; debilidad porque ese liderazgo ha sido construido en base a una política de confrontación y total incapacidad para dialogar, características que poco servirían en un momento tan particular como el de la aplicación de los acuerdos alcanzados en el proceso de paz que encabezó la administración del ex presidente Juan Manuel Santos.

Hablar del proceso de paz, es hablar de contrapartes que lograron, con todo y las críticas

que se puedan formular, negociar en el más amplio sentido de la expresión. El Estado colombiano y la organización terrorista de las *Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia* (FARC), ahora devenida en el partido de *Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común* (conserva así las siglas de la formación de la que surgió), construyeron una hoja de ruta de la que hasta los momentos se han dado pasos iniciales, pero a la que le falta mucho por avanzar y concretar.

Entre esos pasos se cuenta la participación, por primera vez en la historia, de miembros de las FARC en el Senado y en la Cámara de Representantes, cinco en cada instancia. Vale destacar que ese número pudo aumentar como resultado de la elección popular, pero sus candidatos no alcanzaron más de 83 mil votos, sumando Senado y Cámara, dato que desmontó, en alguna medida, la hipótesis de la supuesta aprobación de la gente hacia los miembros del naciente partido.

Tensiones, desde las más evidentes hasta las imperceptibles, acompañarán estos primeros dos años de la presidencia de Iván Duque, quien está llamado a manejar su gobierno con precisión y frialdad, sin caer en chantaje ni de sus partidarios, ni de sus detractores. Las recientes actuaciones del *Ejército de Liberación Nacional* (ELN), formación guerrillera con la que no se han podido afianzar los cimientos de un hipotético diálogo tendiente a la pacificación, y el papel que pueda llegar a jugar Colombia ante la crisis multifactorial y cruenta que vive Venezuela, son retos que la coyuntura plantea, y la forma que tenga de enfrentarlos, permitirá hacer conjeturas respecto a la línea que se pueda esperar desde Bogotá.



Mario Abdo, presidente de Paraguay.

TÉLAM

PARAGUAY: INQUIETANTE RETORNO

Mario Abdo se adjudicó la presidencia de un país signado por lo precario de su institucionalidad, pobreza e informalidad económica como medio de subsistencia de buena parte de la población. El triunfo electoral de Abdo representa la formalización del regreso del *Partido Colorado*, agrupación que ha concentrado el poder desde la década de 1950, con un paréntesis desde el año 2008 y hasta mediados de 2012, pe-

riodo en el que gobernó Fernando Lugo quien, hasta el año de su elección, era un *outsider* del juego político.

Tras Lugo, Horacio Cartes, perteneciente a una de las tantas alas de los *colorados*, asumió la primera magistratura, formando un gobierno al que se denominó tecnócrata y de tendencia conservadora. El pobre desempeño de su administración minó aún más la confianza de las personas en los partidos políticos y abonó, consciente o inconscientemente, la irrupción de un *colorado de estirpe* como Abdo, hijo de quien fue secretario privado del dictador y asesino, Alfredo Stroessner.

Para el actual presidente es importante deslindarse de cualquier asociación con el fallecido dictador, y así lo ha manifestado. Ahora bien, nunca ha renegado de la vinculación de su padre con Stroessner, al tiempo que ha señalado lo que desde su punto de vista han sido logros del funesto régimen militar en áreas como la seguridad y la economía. A pesar de estos guiños al autoritarismo y de expresarse conservador en muchas de sus ideas, Abdo contó con el apoyo del segmento juvenil del electorado. En estas circunstancias no resulta fácil vislumbrar opciones que apunten a la transformación de anquilosadas prácticas políticas en un país que se sigue rezagando.



Juan Guaidó, presidente (E) de Venezuela.

AFP/FEDERICO PARRA

VENEZUELA: EL VOTO DESPOJADO

Diciembre de 2018 debió ser el mes en el que se llevaran a cabo las elecciones presidenciales en un país que, desde hace dos décadas, atraviesa un acelerado proceso de deterioro institucional, económico y social. El deber ser que rige a los Estados democráticos quedó finalmente desdibujado en Venezuela desde que el círculo que mantiene el poder, encabezado por Nicolás Maduro, a través de una sentencia del Tribunal Supremo de Justicia, en septiembre de 2016, declarara en “desacato” a la Asamblea Nacional, declarando nulo y carente de toda eficacia jurídica cualquier acto de dicho organismo.

Hacer esta introducción es pertinente para evidenciar el contexto en el que se desarrolló el acto comicial al que Maduro y sus cómplices

convocaron, finalmente, el día 20 de mayo de 2018. El evento no solo estuvo fuera de tiempo, fue, además, ordenado por una instancia que existe de facto, pero carece de total legalidad, la asamblea nacional constituyente, organismo para-parlamentario que se instauró sin guardar las formas necesarias para el establecimiento de sus bases comiciales, su convocatoria y su posterior elección.

Con los antecedentes señalados, la participación en lo que pretendieron hacer ver como unas elecciones, fue mínima, tanto en lo referente a personas que ejercieron el voto, como en lo referente a organizaciones políticas que decidieron participar. Hubo, ciertamente, un debate sobre la pertinencia de asistir o dejar de hacerlo, debate en el que, a la luz de los resultados, terminó imponiéndose la opción del abstencionismo como modo de rechazo y no convalidación de lo que sería una farsa.

El descontento por los efectos de la corrupción, la arbitrariedad, la violencia de Estado y la violación de los más elementales derechos ciudadanos y humanos, ha crecido de forma tal que, desde el 10 de enero del año en curso, tras la juramentación ilegítima de Nicolás Maduro como presidente para un nuevo periodo, la sociedad organizada en torno a las propuestas del único poder legítimamente constituido en el país, la Asamblea Nacional, respaldada además con acciones concretas de la comunidad internacional, ha emprendido una serie de pasos tendientes al establecimiento de un gobierno de transición en el que Juan Guaidó es presidente encargado desde el 23 de enero, y la convocatoria a próximas elecciones con garantías y transparencia.

Para cuando este ejemplar de la revista esté en la calle, puede haber cambiado el panorama. En todo caso, sirva como testimonio de lo que se plantea como parte de una realidad que, por dinámica, se hace indescifrable en términos de lapsos.



Manuel López Obrador, presidente de México.

TROME

MÉXICO: LA TENTACIÓN DEL MOVIMIENTO PENDULAR

Después de haber perdido, consecutivamente dos elecciones presidenciales, Manuel López Obrador logró su cometido y resultó electo a la

primera magistratura. Su éxito describe el mal estado del *Partido Revolucionario Institucional* (PRI) y el *Partido de Acción Nacional* (PAN), exponentes de una forma de hacer política que muestra hoy su peor cara de vinculación con la corrupción, y el establecimiento de una cultura de la mafia.

López Obrador está asociado, por historia y pensamiento, a la izquierda latinoamericana, expresión hoy desacreditada en el hemisferio por los elevados niveles de autoritarismo y poco compromiso con los derechos humanos con los que se identifica a muchos de sus líderes. Las primeras intervenciones y actos como presidente no dan muestra de querer distanciarse de lo que se puede considerar su basamento ideológico, hecho que coincide con una de sus frases en la toma de posesión cuando aseguró: “Van a bajar los sueldos de los de arriba porque van a aumentar los sueldos de los de abajo”¹. Este tipo de afirmaciones, sumada a la decisión de prescindir del avión presidencial y viajar en vuelos comerciales, apuntalan la imagen populista de su gobierno, lo cual no es buen augurio.

Ya en temas realmente políticos, con sus respectivas implicaciones económicas y sociales, el recién juramentado presidente tiene la difícil tarea de saber llevar con hidalguía y sin demagogia, la tensa relación con el presidente de Estados Unidos, Donald Trump. Debe también hacer frente al andamiaje de prebendas que han beneficiado a los grandes grupos económicos en detrimento de la población general, y tiene ante sí el fenómeno, tan multimillonario como nocivo, que es el narcotráfico y la influencia que ejerce en la política. No puede ser lo mismo el acérrimo opositor y recurrente candidato, que el ahora flamante jefe de Estado.



Jair Bolsonaro, presidente de Brasil.

EL ESPECTADOR

BRASIL: SE DESDIBUJA LA POLÍTICA

Un país envuelto por la sombra de la corrupción, con indicadores macroeconómicos descendiendo o en estancamiento y con la sensación de falta de liderazgo efectivo fue, como no puede sorprender, el caldo de cultivo para el fortalecimiento de la opción electoral de Jair Bolsonaro, llamado por sus seguidores, el Mito. Este

militar de formación y con experiencia parlamentaria fue calando en un segmento de la sociedad cansado por el desorden institucional y dispuesto a un cambio, a cualquier costo.

Bien es cierto que los antecedentes de Bolsonaro no invitan al optimismo a la hora de pensar en un ejercicio de gobierno que tienda a los consensos, el respeto a los derechos humanos o la búsqueda de mecanismos en pro de la reducción de las brechas sociales. Reconociendo lo anteriormente dicho, hay que introducir una variable que puede ser importante, no tendrá una base de soporte amplia en el parlamento y, a menos que elija el enfrentamiento en todos los ámbitos y en todos los momentos, va a tener que establecer alianzas políticas, con lo que eso significa.

La más probable de esas alianzas sería con el llamado *centro*, que más que un cúmulo de agrupaciones partidistas, es un cúmulo de familias que participan en política y, por su conocido y robusto balance financiero, garantizan ser factor en decisiones importantes. No es tan habitual como parece el maridaje entre el *centro* y la *derecha* a la que representa Bolsonaro, pero hay un antecedente cercano que muestra cómo se mezclan si comparten un fin: *impeachment* a Dilma Rousseff en 2016. Una causa política los acercó, más podrá acercarlos una causa económica en el futuro.

Expuestos los elementos mencionados, no sobran las razones para creer que llegarán cambios que toquen de manera positiva a las mayorías. Se podrá consolidar un gobierno que priorice la administración de la violencia desde sus criterios de conveniencia, irrespetando leyes y tratados según le parezca, pero favoreciendo la creación, cuando menos desde lo ilusorio, de una pujante reactivación de las libertades económicas. Por el peso específico de este gigante, son muchos los intereses internacionales que estarán poniendo sus fichas en Brasil.

NOTAS:

- 1 Tomado de la cuenta @CarlosAlvQ 2 de abril del 2018.
- 2 Datos tomados de www.registraduria.gov.co.
- 3 Ibid.
- 4 Parte del discurso de López Obrador al juramentarse como presidente. Tomado de www.bbc.com 1° de diciembre del 2018.